

Discursos culturales en torno a las maternidades. Sus tensiones.

Cultural discourses around maternity homes. Their tensions

Carlos Barbato¹

Luisina Bourband²

Lucía Brienza³

Rosana Guardalá⁴

Florencia Manasseri⁵

Pablo Zenón⁶

¹ Psicólogo. Docente e investigador de la Universidad Nacional de Rosario (UNR).

cebarbato@fibertel.com.ar

² Dra. en Psicología. Docente e investigadora UNR. luisina.bourband@gmail.com

³ Dra. en Historia. Psicóloga. Docente e investigadora UNR. lubrienza@gmail.com

⁴ Prof. en Letras. Docente e investigadora UNR. rguardala@gmail.com

⁵ Estudiante de Licenciatura en Comunicación Social. UNR. f.manasseri@gmail.com

⁶ Psicólogo. Docente e investigador UNR. pablolzenon@gmail.com

Resumen

El presente trabajo es parte del Proyecto de Investigación cuatrienal (2016-2020) titulado “Lo femenino y lo maternal en nuestra época”. En esta oportunidad presentamos los modos actuales que predominan en la cultura para “decir” las maternidades. Retomamos la diferencia que planteamos en trabajos anteriores, entre experticia y experiencia, para sumarle a los primeros, pertenecientes a la divulgación científica, los discursos de la publicidad, como su continuación; y como reverso de las postulaciones positivistas, tomamos el discurso literario conjugado en la obra de Ariana Harwicz; que apunta a la experiencia singular.

Palabras Clave

maternidades actualidad discursos expertos relatos culturales experiencia literatura publicidad

Abstract

The present work is part of the Quadrennial Research Project (2016-2020) entitled "The feminine and the maternal in our time". In this opportunity we present the current modes that predominate in the culture to "say" the maternities. We return to the difference we have made in previous works, between expertise and experience, to add to the first, belonging to the scientific dissemination, the speeches of advertising, as its continuation; And as a reverse of the positivist postulations, we take the literary discourse conjugated in the work of Ariana Harwicz; Which points to the singular experience.

Keywords

Maternities current speeches experts cultural stories experience literature advertising

Introducción

Hace ya algunos años, Nikolas Rose nos advertía acerca de la función disciplinadora que había ejercido la psicología. Señalaba que su uso había logrado revestir de mayor credibilidad a algunas formas de pensar acerca de las personas “(...) debido a que aparentemente se funda en el conocimiento positivo” y agregaba que:

En las sociedades democráticas liberales, la concepción y las normas de la subjetividad son pluralistas. Pero la condición de posibilidad para cada versión de sujeto contemporáneo es el nacimiento de la persona como un yo psicológico, la apertura de un espacio de objetividad ubicado en un orden ‘moral’ interno, entre la fisiología y la conducta: una zona interior con sus propias leyes y procesos que constituye un campo posible para un conocimiento positivo y una técnica racional. (NIKOLAS ROSE, 2016)

Uno de los campos en donde mayor cantidad de cosas se han aseverado en torno a un deber ser y un deber hacer; en torno, incluso, a la divulgación de una serie de saberes específicos acerca de ese saber hacer, es el de la maternidad. En nuestro país, ya en los años sesenta tuvo un éxito abrumador la publicación- en varios tomos- que constituía la obra *Escuela para padres* (la primera edición es de 1962). En lo que puede entenderse como una marcada psicologización de las prácticas de crianza, fueron cada vez más los productos disponibles que pontificaban acerca de cómo debían ser criados los niños. Si bien se incluía tangencialmente a los padres, se apuntaba especialmente al público femenino. La escuela de Giberti y Escardó es contemporánea a los divulgadores del psicoanálisis, como Raskovsky, que comienzan a participar de los medios masivos hablando de temas de la crianza. La tríada se completa con Marie Langer, que en el año ’51 publicó la primera edición de *Maternidad y Sexo* revisando las funciones de la maternidad y alentando a las mujeres al cambio a partir de un pensamiento feminista (en las versiones posteriores se suprimieron esos párrafos más combativos).

Pasados ya muchos años de esos intentos, hemos asistido, en el último medio siglo, a diferentes intentos de distintas teorías por imponerse como las correctas. Podría pensarse que las mujeres de hoy se encuentran más advertidas sobre la inexistencia de discursos correctos y únicos acerca de cómo deben ser criados los niños que las de otros tiempos. No obstante, en la actualidad coexisten una serie de renovados modos de pensar –y enseñar– la “buena y correcta” maternidad. Frente a lo que podría postularse –cuestión a indagar aún– como una crisis de la transmisión del “saber hacer” a través de las generaciones, sumada a la psicologización antes mencionada y a la avidez por hacer las

cosas de manera “correcta”. Las mujeres de hoy buscan afanosamente lecturas y narrativas que les digan cómo deben actuar en tanto madres y, sobre todo, que les otorguen alguna seguridad en cuanto a la eficacia de lo que están haciendo.

Dentro de los dos discursos con mayor llegada y auge, podemos encontrar dos corrientes que, aunque parecen contrarias, no necesariamente lo son. Si bien veremos que se oponen en cuanto a las instrucciones que brindan a la hora de dar consejos a las madres, especialmente a las primerizas. No hay tal oposición en dos cuestiones que consideramos centrales: la primera, en la mencionada psicologización y de dichos discursos, que apelan siempre a la supuesta científicidad de sus afirmaciones. Ambas corrientes intentan enmarcar sus palabras –y muchas veces lo logran– en un supuesto entendimiento del funcionamiento de los comportamientos del niño y, desde ese punto de partida, indican en consecuencia a las madres cómo deben obrar y qué deben hacer.

Encontramos dos discursos contrapuestos. Por un lado, el detentado por ciertos sectores que optamos por llamar “innatistas”, de amplia referencia a la supuesta experiencia maternal más instintiva. Los denominamos de esta manera ya que el fundamento de sus opiniones reside, ante todo, en mostrar la filiación del ser humano con los mamíferos, entenderlo como parte de ese grupo, y obrar en consecuencia. Las pruebas remiten, ante todo, a la experiencia entendida en el sentido más llano de comprobar “uno mismo” cómo son las cosas. Si bien remiten a un supuesto discurso científico de base que fundamentaría sus afirmaciones, aparece sobre todo la recurrente referencia a los sentimientos de la madre como guía hacia la verdad. No cuestionamos los posibles sentimientos que efectivamente puedan existir, sino la supuesta base científica que dicen detentar. En este grupo se sitúan discursos como los de Laura Gutman –que se autodenomina terapeuta pero que no posee título universitario al respecto– y los de Carlos González –pediatra español de amplia difusión en nuestro país– entre otros.

Por otro lado, aparecen los discursos que hemos denominado de “expertos” que, contrariamente a los otros, postulan un saber opuesto en contenidos pero fundamentado en supuestas bases científicas. El exponente más llamativo y difundido de esta corriente es el pediatra español Eduardo Estivill, que en su famoso libro *Duérmete niño* da consejos a los padres acerca de cómo lograr conciliar el sueño de un niño pequeño –desde los bebés más chiquitos hasta los niños de cinco años –, algo que sin lugar a dudas desvela –literal y metafóricamente– a muchos padres.

El discurso innatista

En libros como los de Laura Gutman o Carlos González abundan los consejos de crianza. Estos

señalan, con algunas pocas matices, algunas ideas básicas que toda “buena madre” debería seguir. Es la línea de crianza que se ha (mal) denominado “crianza con apego”. No porque la crianza con apego no exista, no tenga fundamentos científicos, o porque esté “mal”, simplemente porque es algo más –bastante más– que lo que señalan Gutman o González. Sin embargo, a los fines de esta ponencia, podrían ser en principio homologables.

Las premisas fundamentales de este discurso son las que sostienen que la madre debe responder lo más rápidamente posible a las demandas de su hijo; que deben tener en brazos a los niños todo lo que sea necesario o todo lo que ellos demanden; que el niño debería dormir en la cama de los padres hasta que él mismo decida irse. Por supuesto, como puede adivinarse, realzan los beneficios de la lactancia materna exclusiva y extendida: no sólo debe ser a demanda, sino extenderse en el tiempo más allá de los dos años de ser posible. Ante todo, postula que jamás debe dejarse llorar a un bebé y que ambos padres, pero especialmente la madre, deben responder rápidamente a sus demandas: de cariño, de alimento, de contención.

Los fundamentos de estos discursos son, como señalamos, la conocida teoría del apego, acuñada y desarrollada por John Bowlby que ha reflatado en esta última década y media. A ella se suman los últimos descubrimientos en neurociencias, algunos de los cuales menciona la psicóloga Inés Di Bártolo en su libro *El apego. Cómo nuestros vínculos nos hacen quienes somos. Clínica, investigación y teoría*.

Pero además pretenden fundar también su conocimiento en la experiencia ya que, al situar al ser humano dentro del universo de los mamíferos, y a los bebés y sus mamás como atravesados por parecidas conductas instintivas, señalan que cualquier mujer que preste un poco de atención a sus “instintos”, verá que está siempre impulsada a cumplir con las premisas mencionadas: cariño y contacto constantes, colecho, crianza en brazos, no dejar llorar a los niños, proximidad espacial, etc.

Dice Carlos González:

(...) el castigo y la separación dan tan mal resultado en el mono como en el niño (...) En las culturas tradicionales, los padres aprendían por observación la forma “normal” de criar a sus hijos, y los cambios eran lentos y escasos. En nuestra sociedad de la información y el desarraigo, la madre puede rechazar como inadecuada o anticuada la forma en que su misma madre la crió”. Sin embargo, aclara, “(...) al momento de nacer, nuestros hijos son básicamente iguales a los que nacieron hace cien mil años. La forma en que los bebés se comportan espontáneamente, la forma en la que esperan ser tratados, la forma en que reaccionan a los diferentes tratos que reciben, no ha cambiado en decenas de miles de años. (GONZÁLEZ, 2003, p.57)

Así, por citar sólo estos ejemplos, se trataría de volver a reaccionar como lo hacíamos primitivamente, o cómo reaccionan los primates más parecidos a nuestra especie hoy. De modo que, si escuchamos el susurro del instinto, sin lugar a dudas sabremos cómo debemos comportarnos.

Con o sin fundamento científico, este discurso hace énfasis en cómo debe ser una buena madre: dejar de lado sus cosas al menos en los primeros años de crianza del niño, ya que ello es lo más importante. Dado que un bebé/niño necesita de atención y contacto permanentes, estar pendientes de sus demandas se transforma en una de las premisas más relevantes a seguir. Se asegura a estas madres que, en contrapartida, criarán hijos más seguros de sí mismos, independientes y autónomos. Todas esas noches sin dormir, esos años relegados de vida profesional, serán recompensados al lograr criar un niño sin grandes conflictos o problemas que podrá enfrentar las vicisitudes de la vida con confianza en sus herramientas y con valor suficiente.

El discurso experto

El doctor Estivill trabaja en su libro más conocido sobre un gran problema que aqueja a todos los padres: la regulación del sueño en el niño. Lo califica como un fenómeno natural que el niño puede hacer sólo desde los seis meses (para lo cual está preparado neurológicamente). Para que los padres aprendan a condicionar esta conducta, plantea una serie de pautas que han sido probadas científicamente y que deben seguirse disciplinadamente. La idea es que la ciencia tiene la respuesta, y si concedemos someternos a ella, nos enseñará cómo hacerlo y mejorará nuestra vida.

Aparentemente, estos discursos se nos presentan como contrapuestos: el primero basado en la teoría del apego; el otro discurso es el postulado desde la perspectiva conductista. Consideramos que las dos teorizaciones son “naturalistas”, más allá de que apunten a lo innato o lo adquirido respectivamente, ya que plantean una relación instintiva, natural, animal, entre los seres humanos e ignoran que la maternidad no tiene nada de natural, sino que más bien, requiere de un complejo entramado psíquico. Estos discursos tienen cabida ante el vacío de transmisión de experiencias singulares, convirtiendo a estos saberes rápidamente en mandatos superyoicos, inalcanzables, que cobran mayor ferocidad a partir de las características que presenta la época. Nos referimos a lo que plantea Giorgio Agamben en *Infancia e Historia* (2004). Allí el autor plantea una operación de desconexión entre la experiencia y el conocimiento. La experiencia, eso transmitido informal y fallidamente entre generaciones mediante una actividad narrativa, y que se relaciona con facilitar un saber hacer que permita lo singular, se encuentra profundamente desestimado, a favor de un conocimiento que nunca se tiene, para el cual nunca se está autorizado. La ciencia aparece en ese lugar del vaciamiento de la experiencia. La psicologización de la crianza responde a esta lógica (BRIENZA-BOURBAND, 2016). Avanzaremos sobre esta partición reflexionando sobre el lenguaje publicitario y más adelante, los modos en que se presenta la maternidad en la literatura

actual.

El “hazlo así” de la publicidad

Nos arriesgamos a plantear a la publicidad como un discurso cultural si la pensamos como una propuesta textual que forma parte del proyecto cultural del capitalismo internacional, cuyas pretensión es legitimar un particular tipo de subjetividad (ZAYAS, 2001). Jorge Alemán (2013) remarca un carácter “constructivo” del neoliberalismo, en tanto insiste en producir un orden que surge a partir de sus destrucciones, que tienen como propósito fabricar un nuevo tipo de subjetividad.

Las publicidades como dispositivos de producción de subjetividad, como modos de narrar temáticas (CAMUSSO, s/f). La publicidad como forma intermitente y permanente, fragmentaria y homogénea, de estetizar el trabajo, la política, las prácticas sociales, bajo el manto del consumo, no deja escapar a la maternidad. Para mostrarlo, seleccionamos el siguiente canon:

Lysoform (2016). “Lysoform elimina el 99,9% de los gérmenes, por eso me lo recomienda el jefe de mi marido (...) [en agosto fue cambiada a “mi jefe”], la profe de ballet de mi hija (...), y hasta el DT de mi hijo mayor (...). Pero la que realmente sabe cómo cuidar a mi familia soy yo, por eso nadie mejor para recomendarlo”.

Vick (2016). Al principio se muestra a una mamá diciéndole a su hija que tiene que tomar un día de reposo, y frente a la desilusión de esta última, la voz en off dice: “Las mamás no toman días libres, las mamás toman Vick Vitapyrena Forte”. Luego de dar los atributos del producto, ambas bajando las escaleras y sin rastros de enfermedad.

A estos dos ejemplos les sumamos todas las propagandas de productos de limpieza que muestran a mujeres-madres en estado de realización personal por haber limpiado o encontrado el producto perfecto para la protección de su familia. Los slogans dejan entredicho que las mamás tienen que estar las 24 horas saludables y al servicio de los hijos. El mandato sostiene que las madres deben estar al cuidado de la familia, e incluso de ellas mismas, todos los días, todo el tiempo:

(...) a diferencia del sujeto moderno, diferenciado en sus fronteras jurídicas, religiosas, institucionales, etc., el sujeto neoliberal se homogeneiza, se unifica como sujeto “emprendedor”, entregado al máximo rendimiento y competencia, como un empresario de sí mismo. Un empresario de sí mismo que, a diferencia de los “cuidados de sí” clásicos o modernos que apuntaban, en el caso clásico, a protegerse de los excesos, en el caso moderno, a buscar la mejor adaptación o alienación soportable, el empresario de sí, el sujeto neoliberal, vive permanentemente en relación con lo que lo excede, el rendimiento y la competencia ilimitada. (ALEMÁN, 2013)

Las publicidades piden eso, lo imposible, vestido de voluntad personal, de decisión individual, ser el “actor de la propia vida”. Apuntan a racionalizar el deseo para hacerlo competente, eficaz. Como madres, ser las “técnicas” de la conducción de sí mismas y de los demás. Ante ese panorama de exhortación a la vivencia de lo ilimitado, que alimenta a un superyó feroz, tenemos como saldo permanente un sentimiento de culpa por la ineficiencia estructural para lograrlo, que se presenta como un “problema personal”, un “no dar en la talla”, o “estar en falta”, frente a que todas las demás que “sí pueden”. En esto, la faz encubridora del ejercicio de la maternidad, colabora. Aparecen discursos de las propias madres, en los que reina una “primacía del yo”, que intentan escamotear las dificultades, las ambigüedades, en definitiva, lo sintomático de la maternidad. Dichosas de responder al mandato de identificarse con el “hombre nuevo” (en términos genéricos) que promueve el neoliberalismo: “sin legados simbólicos, sin historias por descifrar, sin interrogantes por lo singular e incurable que habita en cada uno.” (ALEMÁN, 2016)

Sin embargo, existen también excepciones en las publicidades que incluyen un rasgo de ambivalencia, como la publicidad de *La Paulina* (2016), que muestra una madre en una cocina semi-oscura, cuya imagen se traslapa con un bosque nocturno; cocinar y atravesar ese bosque, lleno de peligros, sola, es el mismo acto. En esa faena, sufre, se corta, transpira, se quema. El texto que corona una visión bastante perturbadora, con destellos siniestros, dice: “El amor de una madre no se encuentra en ninguna receta”, frase de una sugerente ambivalencia.

La publicidad de *Fargo* (2016) llamada *Límites*, muestra una mujer en la cocina pero haciéndose un sandwich. Mientras tanto, piensa: “Mamá me diría que le faltan límites. Se fue de vacaciones con los amigos y tiene dieciséis años. Ay, qué bueno. Irme una semanita con mis amigas (...) Mirá este pan qué bien la pasa, sueltito de bordes, libre por la vida”.

Una mujer-madre, dialogando con los dichos de su propia madre, culpándose pero pudiendo mostrar otro deseo más allá del hijo, más allá de su casa: “El pan de hoy”.

Estas dos últimas han capturado parte de lo que a las demás se les escapa, por supuesto, con el intento de reintegrarlo. Esto es, lo que nos han señalado Freud, Heidegger, Lacan, y Alemán (2013) revisa en su artículo: hay ciertos elementos en la propia constitución estructural del sujeto, que ningún orden político-histórico, ninguna operación de mercado, ninguna tecnología, puede integrar al menos en forma total y definitiva.

Lo que se le escapa a este orden hegemónico, y que aquí nos convoca, es poder *pensar a la maternidad como síntoma*. Es allí donde la literatura tiene mejores chances.

El “no puedo hacerlo” de la literatura

Matate, amor (2013) es la primera novela de Ariana Harwicz, escritora argentina muy joven, que no supera los cuarenta años. Continúa su obra con los títulos: *La débil mental* y *Precoz*, ambas novelas publicadas en 2015. Las tres refieren a la maternidad desde distintos ángulos, aunque no podría leerse como una “escritura femenina” - modo de recortar lectoras desde un nicho editorial y de mercado-, sino que produce una *feminización de la escritura*:

(...) cada vez que una poética o una erótica del signo rebalsan el marco de retención/ contención de la significación masculina con sus excedentes rebeldes (cuerpo, libido, goce, heterogeneidad, multiplicidad, etc.) para desregular la tesis del discurso mayoritario. Cualquier literatura que se practique como (disidencia de identidad respecto al formato reglamentario de la cultura masculino-paterna; cualquier escritura que se haga cómplice de la ritmicidad transgresora de lo femenino-pulsional, desplegaría el coeficiente minoritario y subversivo (contradominante) de lo “femenino”. (RICHARD, 1993,p.132).

En términos psicoanalíticos, diríamos que es la escritura que hace trazo de aquel goce femenino, ligado a una lógica del no-todo. El relato de la narradora, que es a su vez la protagonista de la historia, comienza con ella fuera de la casa, “oculta entre la maleza”, incómoda con el hogar. En una tríada en la que los integrantes sólo se definen por sus posiciones, en la que no tienen nombres propios: el bebé-mi marido- yo. El no-lugar de la protagonista, su ectopia frente a su realidad tiene una doble presentación: geográfica y discursiva: “Cómo es que yo una mujer débil y enfermiza que sueña con un cuchillo en la mano, era la madre y la esposa de dos individuos? ¿Qué iba a hacer?” (HARWICZ, 2013, p. 5). Ante esta pregunta se abren dos respuestas inmediatas (escondarse/huir o matarlos) y se pone en movimiento la operación narrativa de la novela.

Nos transporta durante toda la obra a su estado de desesperación, que de tan desopilante resulta por momentos cómica, atravesada por la interrogación sobre la maternidad: ¿Cómo se dice, cómo se experimenta, cómo se llega a “ser madre”?

La maternidad es para la narradora un ejercicio errante, que lejos de inhibirla, la enfrenta al vértigo de la aceleración, a la precipitación de acciones inconexas, fallidas, rechazadas.

Cada vez que lo miro [al bebé] recuerdo a mi marido detrás de mí, casi eyaculádome la espalda cuando se le cruzó la idea de darme vuelta y entrar, si yo hubiera cerrado las piernas, si le hubiera agarrado la pija, no tendría que ir ahora a la panadería a comprar la torta de crema (...), medio año de vida ya. (HARWICZ, p.6).

La maternidad es equívoco, falta de control pero también, un hacer que no es natural: “Las otras al

segundo de parir suelen decir, ya no me imagino mi vida sin él, es como si hubiera estado desde siempre, pfff”. ¡Ahí voy, amor! Quiero gritar (...) Oigo que me buscan, el bebé cagado y un marido en cueros” (p.6). La vida familiar es un ahogo, un desperdicio: “Todo lo que se pudre, forma una familia” (p.11), ahogo del que trata de huir desde el primer capítulo, donde comienza con la sensación de tener un cuchillo con el que podría degollarse, lo cual solucionaría la asfixia y la liberaría de “(...) las voces de su marido y su hijo (...) chapoteando en la pileta de plástico azul, un domingo víspera de feriado” (p.5). Liberarse también del artificio “soy una falsa mujer de campo. Una extranjera” y asumir que también es “(...) una mujer que se dejó estar que tiene caries y ya no lee” (p.7). En estos primeros capítulos se cifran las pistas sobre una maternidad que no encuentra su lugar en la vida de la narradora, una maternidad comentada y analizada (por su suegra), asesorada (por la asistente social), esperada por su marido: “¿por qué no deja de llorar?, ¿qué quiere?, vos sos la madre, tenés que saber” (p.9). Pero sobre todo, una maternidad que se observa, se analiza pero no logra transitarse; sólo puede padecerse y lamentarse como un mal, un acto equivocado. Es un relato extremo, descarnado, que muestra la intemperie simbólica e imaginaria ante semejante real. La protagonista, universitaria, lectora, narra la imposibilidad de edificar una experiencia, el horror de ocupar ese lugar. Un horror que es condición de la maternidad. En este caso, y aquí está lo singular, lo transitorio se convierte en permanente.

El “saber-hacer”. La experiencia y el límite en el psicoanálisis

Podríamos extraer muchas más referencias de esta nouvelle, como de las otras de la autora, pero nos alcanza para ver con claridad cómo el arte, en este caso la literatura, “es el espejo de lo que no se refleja. Es aquel modo de dejar de mirarse en el rostro de todo lo dormido” (ARIEL, 1994). La escritura en primera persona funciona como el reverso del discurso de la experticia, aquel lugar de la subjetividad donde éste no llega. Si con el neoliberalismo “es la propia población la que pasa a ser objeto de saber y poder” (ALEMÁN, 2013), el tránsito por la experiencia, y su relato, denuncia su falla.

En el consultorio del psicoanalista nos encontramos con lo mismo: metáforas que trasladan las vacilaciones; la ambivalencia de ocupar el lugar de la maternidad, que respira allí y se explaya; el sufrimiento que se vive como una debilidad personal, por el “nunca estar a la altura de la función”, en tensión con la época que pide puros actos eficaces, homogéneos, orientados, sobre-significados. Cada caso con su particularidad en la articulación entre deseo, amor y goce. Tomamos para ello la hipótesis de Osvaldo Couso (2005), que postula que en la neurosis el amor, el deseo y el goce se

encuentran anudados borromeamente, esto hace que impida la absolutización de alguno de los registros en desmedro de otros:

El goce está marcado por una esencial pérdida por efecto del significante. El amor, movilizado por la repetición, está determinado por los rasgos que se buscan en el otro, por lo que inviste 'personas totales' que funcionan como 'vestimenta' y continente del objeto a. El deseo, como movimiento, persigue una 'zanahoria' en el universo fálico.". Se encuentran en el hecho de que "el goce perdido se articula a la función de la causa que motoriza la búsqueda porque un objeto, contenido en el cuerpo de otro humano, le sirve de señuelo". (COUSO, 2005, pp. 20-21)

Entendemos, al contrario de lo que puede parecer, que el psicoanálisis cobra más vigencia que nunca en el punto en que, frente a la publicidad, versión blanda y estetizada de la experticia, una de las caras de la "violencia sistémica" (ZIZEK,2009) que nos parasita todos los días, es uno de los pocos testimonios que puede trabajar en función de recordar que las experiencias del amor, de lo político, de la invención poética y científica, exigen siempre una referencia al límite. (ALEMÁN, 2016)

Por último, nos permite también atender a la operación que promueve el olvido de la maternidad como una de estas experiencias, para desplazarla del campo del síntoma al campo del mercado y hacer de ella un objeto de consumo más.

Referencias bibliográficas

ALEMÁN, J. "Neoliberalismo y subjetividad". Disponible en:

<http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-215793-2013-03-14.html>. Acceso el 18 de agosto de 2016.

ALEMÁN, J. "Capitalismo y subjetividad". Disponible en:

<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-297662-2016-04-23.html>. Acceso el 18 de agosto de 2016.

ARIEL, A. **El estilo y el acto**. Buenos Aires: Manantial, 1994.

CAMUSSO, M, en:

http://www.academia.edu/7410879/Observatorio_sobre_Sexismo_en_Publicidad Acceso el 21 de agosto de 2016.

COLÓN ZAYAS, E. **Publicidad y hegemonía. Matrices discursivas**. Colombia: Norma, 2001.

COUSO, O. **El amor, el deseo y el goce**. Buenos Aires: Lazos, 2005.

- DI BÁRTOLO, I. **El apego. Cómo nuestros vínculos nos hacen quienes somos. Clínica, investigación y teoría.** Buenos Aires, Lugar Editorial, 2016.
- GONZÁLEZ, C. **Bésame mucho.** Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 2003.
- HARWICZ, A. **Matate, amor.** Buenos Aires: Lengua de trapo, 2012.
- RICHARD, N. **Masculino/Femenino. Prácticas de la diferencia y cultura democrática.** Santiago de Chile: Francisco Zeger, 1993.
- ROSE, N. "Una historia crítica de la psicología". Disponible en http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Rose_Cap_2_Historia_critica_psicologia.htm Acceso el 30 de mayo de 2016.
- ESTIVILL, E., Béjar, S. **Duérmete niño.** Madrid: Plaza y Janes, 1996.
- ZIZEK, S. **Sobre la violencia, seis reflexiones marginales.** Buenos Aires: Paidós, 2009.